Óptimo paretiano y óptimo marxiano: Dos conceptos trascendentales contrapuestos sobre la imaginación de "mundos perfectos"

Paretian optimal and marxian optimal: Two transcendental counterposing concepts about the imagination of "Perfect Worlds"

Henry Mora Jiménez*

* Escuela de Economía,
Universidad Nacional,
Costa Rica

RESUMEN

Diversas críticas al criterio de optimalidad de Pareto han sido aceptadas por muchos economistas, incluso si estos pertenecen al mainstream de la economía neoclásica. Sin embargo, estas críticas han dejado el criterio paretiano en pie, como una supuesta condición necesaria, imprescindible para definir la optimalidad social. Se reconoce entonces que el óptimo de Pareto es un criterio restringido que debe ser ampliado.

Al dejar de lado criterios de equidad y justicia distributiva, al ser compatible con situaciones de extrema desigualdad, se acepta que es un criterio muy limitado de éxito social, pero al mismo tiempo se sostiene que, en cuanto criterio de eficiencia, está fuera de toda duda: el mejor estado debe ser (se afirma), al menos óptimo en el sentido de Pareto, aunque sea necesario complementarlo con valoraciones distributivas y criterios de compensación.

Fecha de recepción:
02 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación:
30 de octubre de 2024

Fecha de publicación:
02 de diciembre 2024

En la primera parte de este artículo (apartados I – VIII) cuestionamos estos resultados y sugerimos otras limitaciones e inconsistencias del criterio de Pareto. En la segunda parte (apartados IX-X) comparamos la optimalidad paretiana con lo que denominamos, “optimalidad marxiana”, lo que arroja criterios alternativos para una crítica y un replanteo de la optimalidad en economía y en otras ciencias sociales.

Palabras clave: eficiencia abstracta, eficiencia reproductiva, optimalidad de un mecanismo de funcionamiento, inconsistencias del criterio de Pareto, convivencia humana perfecta.

ABSTRACT

Various criticisms of the Pareto criterion of optimality have been accepted by many economists, even if they belong to the mainstream of neoclassical economics. However, these criticisms have left the Paretian criterion standing, as a supposed necessary condition, essential to define social optimality. It is then recognized that the Pareto optimal is a restricted criterion that must be expanded.

By setting aside criteria of equity and distributive justice, as it is compatible with situations of extreme inequality, it is accepted that it is a very limited criterion of social success, but at the same time it is maintained that, as a criterion of efficiency, it is beyond doubt: the best state must be (it is affirmed), at least optimal in the Pareto sense, although it is necessary to complement it with distributive valuations and compensation criteria.

In the first part of this article (sections I – VIII) we question these results and suggest other limitations and inconsistencies of the Pareto criterion. In the second part (sections IX-X) we compare Paretian optimality with what we call "Marxian optimality", which yields alternative criteria for a critique and a rethinking of optimality in economics and in other social sciences.

Keywords: abstract efficiency, reproductive efficiency, optimality of a functioning mechanism, inconsistencies of the Pareto criterion, perfect human conviviality.

INTRODUCCIÓN

El óptimo de Pareto es un concepto omnipresente en la teoría económica convencional. Si bien los economistas reconocen sus limitaciones (o algunas de ellas), se ha situado como referencia obligada en las teorías sobre la eficiencia económica y del bienestar. Además, los llamados teoremas del bienestar lo ubican como la otra cara de la competencia perfecta y el equilibrio general competitivo, o, mejor dicho, en la teoría económica neoclásica, competencia perfecta y optimalidad de Pareto conforman un binomio inseparable.

Entre los economistas de la corriente principal, uno de los resultados más llamativos relacionados con el óptimo de Pareto es el *teorema del second best* (Lipsey y Lancaster, 1956), que relativiza sus resultados y, lo más importante, pone en entredicho el automatismo de la consecución del óptimo cuando no se cumplen algunas de las condiciones que este exige.

No obstante, los economistas no han reflexionado lo suficiente sobre el carácter trascendental del concepto de óptimo cuando este se refiere a la sociedad en su conjunto (Mora, 2023), y menos aún sobre la *ilusión trascendental* que este conlleva (Hinkelammert, 2022); motivo por el cual en este artículo abordamos esta problemática desde una perspectiva crítica.

I. Sobre la eficiencia y la optimalidad de Pareto

La eficiencia u optimalidad de Pareto se define como una situación en la que no hay ninguna acción o asignación de recursos posible que mejore la situación de un individuo sin empeorar la situación de otro(s).

El concepto lleva el nombre de Vilfredo Pareto (1848-1923), ingeniero civil y economista italiano, quien lo utilizó en sus estudios sobre la eficiencia económica y la distribución del ingreso. Desde la perspectiva paretiana, las siguientes tres nociones están estrechamente relacionadas:

- i. Dada una situación inicial cualquiera, una *mejora de Pareto* es una nueva situación en la que algunos agentes ganarán y ningún agente perderá.
- ii. Una situación se denomina *dominante de Pareto* si existe una posible mejora de Pareto.
- iii. Una situación se denomina *óptima de Pareto* o *eficiente* en términos de Pareto si ningún cambio puede conducir a una mejora de la satisfacción de algún agente sin que otro agente pierda o, de manera equivalente, si no hay espacio para una mejora de Pareto.

En palabras sencillas, la eficiencia de Pareto ocurre cuando es imposible mejorar la situación de una parte del conjunto social sin empeorar la situación de otra. Este estado indica que los recursos ya no pueden reasignarse de manera que mejore la situación de una parte sin perjudicar a las demás.

No obstante, una sociedad puede ser eficiente en términos de Pareto, pero tener altos niveles de desigualdad socioeconómica. También es posible que la desigualdad persista o se agrave *después de una mejora de Pareto*. Esto, por cuanto la eficiencia que se considera es exclusivamente una eficiencia del intercambio, sin alusión alguna a la justicia distributiva en términos de cierta valoración social.

II. Optimalidad de Pareto: las críticas usuales.

Recordemos brevemente las críticas usuales y más conocidas al concepto paretiano de optimalidad:

1. No cuestiona la distribución del producto inicial, que se asume como dada, por lo que es compatible con altas desigualdades del producto y de la riqueza¹. Por tanto, si como es razonable la distribución de los ingresos y otros aspectos de equidad son asuntos relevantes para la sociedad, habrá múltiples óptimos de Pareto no deseados desde el punto de vista social.
2. Alcanzar este óptimo puede resultar imposible en la práctica, especialmente si hay asimetrías de información o cuando existen externalidades (que es la regla)².
3. No permite comparaciones interpersonales, por lo que el criterio de Pareto se aplica solo a un número muy limitado de casos. En particular, no se puede aplicar para juzgar la conveniencia social de aquellas propuestas de política que benefician a algunos pero dañan a otros.
4. Varios de los supuestos necesarios para el cumplimiento de las

1 “En cuanto haya un individuo que prefiera x a y, y otro que prefiera y a x, no podremos compararlos socialmente (las alternativas x e y deben entenderse, por ejemplo, como combinaciones de bienes) utilizando la regla de Pareto [...] una economía puede ser óptima, según Pareto, aun cuando unos estén nadando en la abundancia y otros bordeen la indigencia, con tal de que no pueda mejorarse a los indigentes sin recortar los placeres de los ricos. Si evitar el incendio de Roma hubiera hecho que Nerón se sintiese peor, entonces dejarle quemar Roma sería óptimo de Pareto” (Sen 1970, 38-39, citado en Ahijado 1985, 51).

2 La ausencia de externalidades significa que todas las relaciones entre los individuos deben ocurrir a través del mercado, o lo que es lo mismo, sin interdependencias externas al mercado, suprimiendo las relaciones humanas directas.

condiciones marginales del óptimo son, como en el caso de la competencia perfecta, imposibles de alcanzar (en realidad, son de naturaleza trascendental).

5. No está completamente libre de juicios de valor, ya que el criterio de Pareto es en sí mismo un juicio de valor.
6. Otra notable indeterminación se deduce del hecho de que cada punto de la curva de contrato es *Pareto óptima*, y para comparar esos (infinitos) puntos sería necesario introducir comparaciones interpersonales y juicios de valor.

El profesor Amartya Sen ha profundizado en algunas de estas críticas (Sen, 2008):

1. El óptimo de Pareto es un tipo de éxito muy limitado, ya que incluye estados sociales en el que algunas personas en extrema pobreza coexisten con otras con lujo escandaloso.
2. Identifica el bienestar con la utilidad y captura los aspectos de eficiencia solo en la contabilidad basada en la utilidad, pero la utilidad no siempre refleja el bienestar.
3. El bienestar también depende de factores políticos, ambientales, de libertad personal y política de los individuos, o de la disposición de los vecinos.
4. La optimalidad de Pareto es el criterio superviviente una vez que se ha pretendido erradicar toda consideración ética de la economía del bienestar.
5. Presenta serios problemas de factibilidad técnica (por los altos requerimientos de información) y de factibilidad política (por los cambios redistributivos que conlleva si se pretende convertir en un criterio pertinente).

No obstante, y a pesar de todas estas críticas, se suele considerar al criterio de Pareto como un primer paso útil, ya que el mejor estado debe ser al menos óptimo en el sentido de Pareto (Sen 2008, 53). Tendremos ocasión de valorar esta conclusión más adelante.

Por las razones anteriores suele decirse, con toda razón, que el criterio paretiano de optimalidad se corresponde con una visión conservadora de la sociedad, y con sus respectivos valores. Como veremos más adelante, en la optimalidad paretiana la eficiencia formal del intercambio se transforma en una ética, y más concretamente, en una ética de la identidad entre la eficien-

cia y la igualdad. Precisamente por eso se debe reducir a una *eficiencia del intercambio*, ya que la igualdad humana es también reducida a una *igualdad en el intercambio*.

Además, a partir del criterio de Pareto se puede constituir todo un discurso compatible con una ideología del poder: buscar fórmulas que permitan resolver problemas (y crisis) económicos, sociales o ambientales, de manera tal que “*nadie pierda*”, es una invitación a mantener el *status quo* y, en especial, la posición de privilegio de quienes ostentan el poder económico.

III. Sobre la formulación de conceptos trascendentales a partir de la optimalidad y la eficiencia perfecta de un mecanismo de funcionamiento.

En este apartado se aborda brevemente la caracterización de los *conceptos trascendentales*. Un concepto trascendental no es simplemente un modelo o una representación abstracta de algún aspecto de la realidad, sino que, por el elevado nivel de abstracción y por la naturaleza de los supuestos que se utilizan, es radicalmente *inaccesible* para la acción humana. Los *conceptos trascendentales* son conceptos de lo imposible para la acción humana, en los cuales la *optimalidad* pretende expresar la completa perfección imaginable (Mora 2023).

En relación con estos conceptos surge lo que Hinkelammert denomina la *ilusión trascendental* (Hinkelammert 2022), esto es, la pretensión de hacer realidad, por aproximaciones sucesivas, un concepto trascendental.

En relación con esta discusión, la teoría económica convencional construye mecanismos de funcionamiento perfecto que llevan implícito diversas condiciones que conviene hacer explícitas. Repasemos las más importantes:

1. Se supone que no hay actuación alguna de acuerdo con valores, sino exclusivamente actuaciones de acuerdo con fines, es decir, la única racionalidad que interesa es la racionalidad medio-fin.
2. Entonces, el problema de la racionalidad se reduce a una pura actuación medio-fin consistente con el objetivo buscado y con los medios escasos disponibles.
3. Los fines se escogen según conveniencias individuales (gustos, preferencias), sin ningún tipo de consideración sobre las consecuencias de la realización de dichos fines, ya sea que socaven o no la vida del sujeto, las bases de la convivencia humana o el medio ambiente que sustenta la vida individual y social.

4. Reducido el problema a una relación medio-fin, lo único que interesa evaluar es la eficiencia abstracta de los medios para obtener los fines dados. Pueden surgir valores que restrinjan ciertos fines o medios, pero estos son externos a la actuación misma.
5. El paso anterior se reformula cuantitativamente en términos de la optimización del producto o el rendimiento obtenido en el proceso (en general, optimización de una función objetivo). Esta *optimización* puede ser una de tipo restringido, en la que algunas relaciones contables, condicionamientos técnicos o valores externos actúan como restricciones.
6. Para el análisis de la optimización se construye un mecanismo de funcionamiento perfecto, esto es, un mecanismo circular de fines y medios, insumos y productos, gastos e ingresos, etc. (por ejemplo, el “mercado” de competencia perfecta).
7. Estos mecanismos de funcionamiento perfecto pueden admitir la presencia de instituciones (como el mercado), pero se trata de “instituciones perfectas” que implican supuestos trascendentales del tipo: conocimiento perfecto, previsión perfecta, racionalidad perfecta o movilidad absoluta de los factores.
8. El análisis dialéctico de estos mecanismos de perfección conduce a la conclusión de la redundancia de tales instituciones (su no necesidad) y a la imposición de los supuestos del orden espontáneo (con sus necesarios valores) (Mora 2023).
9. El concepto de óptimo paretiano es tan anti institucional como lo es su homólogo o complemento de la teoría del equilibrio general competitivo, tal como se desprende de los llamados teoremas fundamentales del bienestar. Se basa por tanto en los mismos supuestos trascendentales de la competencia perfecta.
10. Cuando estos conceptos de optimización se generalizan y se los pretende imponer a la sociedad entera, la misma sociedad es considerada y tratada como un mecanismo de funcionamiento perfecto al que es posible aproximarse asintóticamente, surgiendo la *ilusión trascendental* en todo su extremo, esto es, la pretensión de alcanzar una meta infinitamente lejana mediante pasos finitos.

En resumidas cuentas, el óptimo de Pareto, al igual que el modelo de competencia perfecta es un *concepto trascendental*.

Y siendo Pareto un ingeniero de profesión, no sería casual que su concepto de optimalidad estuviera influenciado por la idea de una máquina per-

fectamente eficiente que buscaron Carnot y otros físicos fundadores de la naciente termodinámica en la segunda parte del siglo XIX³.

IV. Optimalidad de Pareto e ilusión trascendental

El criterio paretiano de optimalidad pretende situar en un plano científico dos características básicas propias de la economía capitalista y sus valores: i) el hecho de que la eficiencia abstracta determina todos los ámbitos de la sociedad (desde la propia economía hasta la educación y la cultura) en busca del crecimiento económico (considerado virtualmente ilimitado), ii) el criterio (valor) de que la plenitud humana se agota en la abundancia de bienes y en la satisfacción que estos brindan a los sujetos en cuanto consumidores.

Como vimos anteriormente, los conceptos trascendentales conceptualizan imaginaciones que, en relación con nuestro mundo, no pueden ser una meta de realización; pero constituyen valores que pueden servir de orientación para las metas de la acción humana, aunque el concepto mismo no pueda constituirse en una meta.

Pero, cuando un concepto trascendental se convierte en meta universal por totalizar, el objetivo que se busca puede convertirse en su contrario: pretender alcanzar lo “óptimo”, lo “perfecto” puede conducir a resultados indeseables e incluso catastróficos. Este resultado no es necesariamente intencional, en el sentido que la irracionalidad producida no es necesariamente el resultado de ninguna intencionalidad de los actores, sino un resultado no intencional, una “propiedad emergente”⁴.

-
- 3 La máquina de Carnot es una máquina ideal que utiliza calor para realizar un trabajo. En ella hay un gas sobre el que se ejerce un proceso cíclico de expansión y compresión entre dos temperaturas. Carnot se propuso encontrar el máximo rendimiento que puede tener una máquina térmica, y de esta búsqueda resultó, algunas décadas más tarde, el segundo principio de la termodinámica. Este método de optimización de la eficiencia de una máquina térmica influyó seguramente en economistas como Pareto, ingeniero de profesión. Pero en esta búsqueda de la eficiencia perfecta los economistas neoclásicos se olvidaron de la entropía. Y no hay que perder de vista que la relación entre una máquina y su producto, o entre una máquina y su consumo calórico es una relación técnica, no económica. Pero otro resultado crucial del estudio de las máquinas ideales, debido a Lord Kelvin, es que, incluso sin fricción ni pérdidas de calor hacia el ambiente, es imposible hacer que un motor térmico sea 100% eficiente, ya que en el ciclo del pistón se requerirían temperaturas que oscilen entre el infinito y el cero absoluto, lo que es imposible en la práctica. De estas imposibilidades también se olvidaron los economistas cuando trasladaron los resultados de la máquina ideal a la de una economía ideal.
 - 4 Franz Hinkelammert expuso múltiples ejemplos de “ilusiones trascendentales”, entre ellos, y a manera de ejemplos: i) La absolutización de la propiedad privada: la conversión de la propiedad privada (también la propiedad estatal totalizada) en un valor absoluto lleva a la deshumanización y a la injusticia social; ii) El sujeto incorpóreo: Hinkelammert analiza cómo el cristianismo imperial (la cristiandad

Esto precisamente ocurre con el óptimo de Pareto: la búsqueda de la máxima eficiencia para un mecanismo de funcionamiento social (la sociedad considerada como un mecanismo de funcionamiento), al desconocer o ignorar otras facetas de la realidad que actúan como “condiciones de posibilidad para la vida humana”, resulta compatible con grandes desigualdades sociales y, por tanto, con la destrucción de la convivencia humana. Además, supuestos necesarios para definir la optimalidad paretiana, como la ausencia de externalidades, reducen toda la sociedad al mercado, eliminando las relaciones humanas directas, base de toda la convivencia humana.

Estamos en presencia del problema de la (no) factibilidad trascendental en las ciencias sociales: la relación entre el concepto trascendental y el sistema institucional con el que se pretende lograr el acercamiento al concepto (equilibrio, optimalidad) no evalúa las consecuencias, incluso catastróficas, de una posible no factibilidad.

V. ¿En “el límite”, es la optimalidad de Pareto un concepto incompleto pero útil?

Being the gold standard of policy analysis, Pareto Efficiency is a relatively simple way of supposedly solving complex problems without taking fairness into account (Mintzer 2020, enfatizado nuestro).

Pero la eficiencia de Pareto no solo desconoce la equidad y la justicia⁵. Supone también que somos seres omniscientes y que, por tanto, podemos prescindir de los valores o, dicho de otra forma, que no existe actuación humana de acuerdo con valores y que toda acción y decisión se reduce a juicios “racionales” del tipo medio-fin. Solo en tales condiciones, no existiría ningún tipo de juicio que trascienda las relaciones medio-fin y las decisiones humanas se limitarían a elegir los medios más eficaces para alcanzar cada fin.

medieval) transformó al ser humano en un sujeto incorpóreo, lo que llevó a una espiritualidad que desvincula al ser humano de su realidad material; iii) *La razón utópica*: en general, Hinkelammert critica la “razón utópica” que crea imaginaciones trascendentales de mundos lógicamente posibles, pero que a menudo ignora las limitaciones y realidades concretas de la vida humana. En estos y otros ejemplos Hinkelammert aborda las ilusiones trascendentales desde diferentes ángulos, siempre con un enfoque crítico hacia las ideologías que absolutizan ciertos valores en detrimento de la vida humana concreta.

5 La eficiencia paretiana se desentiende de la equidad y de la justicia, o simplemente presupone una distribución *a priori* de los recursos, los ingresos y la riqueza que la sociedad (no se sabe cómo) considera socialmente óptima.

Supone, en correspondencia con lo anterior, que en las decisiones solo interesa la eficiencia (abstracta) de los medios en la obtención de un determinado fin y que los fines pueden escogerse sobre la base de una pura conveniencia individual según gustos y preferencias.

Supone que el problema de buscar la “asignación óptima de recursos” puede entenderse exclusivamente en términos de un intercambio de bienes y recursos, y que la eficiencia es por tanto una *eficiencia del intercambio* (se excluyen, por ejemplo, los acuerdos mutuos más o menos espontáneos, los intercambios impuestos por alguna autoridad y las decisiones que resultan de un proceso de planificación).

Finalmente, supone que podemos ignorar la paradoja de acercarnos a una meta infinitamente lejana (el óptimo) por medio de pasos finitos.

Entonces, y solo entonces (en “el límite”), haciendo abstracción de la equidad, las desigualdades, la incertidumbre, la injusticia, los juicios que deciden sobre vida o muerte, la eficiencia que trasciende los intercambios y la actuación de acuerdo con valores; la optimalidad de Pareto resultaría ser un concepto “útil”, aunque su pertinencia económica resulte insustancial.

VI. El óptimo paretiano y el teorema del segundo óptimo

El óptimo de Pareto es claramente un concepto anti-institucional, como también lo son el equilibrio general competitivo y la competencia perfecta, hecho que queda claro en la simetría de los dos teoremas fundamentales del bienestar.

Siendo así, acercarse mediante pasos finitos (calculados y calculables) a una meta infinitamente lejana, no solo puede frustrar el objetivo, sino incluso convertirlo en su contrario. Esto último es necesariamente el caso cuando el objetivo involucra, no una optimalidad local, sino a la sociedad entera.

Y aunque se puede tener conciencia de la no factibilidad del tiempo espacio trascendental y del orden espontáneo, la ilusión trascendental de pretender alcanzar “ideales” (conceptos trascendentales) como la competencia perfecta o el óptimo paretiano aparece siempre que:

- i. El mercado (o la planificación, o el progreso técnico) se interpreta como un mecanismo o instrumento que hace posible el acercamiento gradual (asintótico) al concepto del tiempo espacio trascendental, esto

es, al orden espontáneo o al equilibrio general. En este caso, el orden institucional se concibe como un simple instrumento que permite el acercamiento gradual al concepto trascendental.

- ii. Se asuma que existe una relación de continuidad (un *continuum*) entre el orden espontáneo y el orden del mercado (en general, el orden institucional)⁶. Pero si este *continuum* se concibe como algo imposible, tenemos un escenario propicio para el surgimiento de ideas como el teorema del *second best*.

En cualquier caso, también surgen mitos del tipo “automatismo de mercado”, “automatismo de la planificación” o “automatismo del progreso técnico infinito”.

En cuanto concepto trascendental, el óptimo de Pareto conlleva una búsqueda de este tipo (por aproximación asintótica). Pero se trata de una búsqueda improcedente, incoherente y, por tanto, dogmática.

Lipsey y Lancaster al parecer se percataron de esta incoherencia. No cuestionaron abiertamente el dogma, pero sí el camino para llegar a él.

¿Qué dice este teorema?

"El teorema general del segundo mejor óptimo establece que si en un sistema de equilibrio general se introduce una restricción que impide el logro de una de las condiciones Paretianas, las otras condiciones, aunque todavía sean alcanzables, en general ya no son deseables. En otras palabras, si una de las condiciones del óptimo Paretiano no se puede cumplir, entonces solo se puede lograr una situación óptima apartándose de todas las demás condiciones Paretianas. La situación óptima finalmente alcanzada puede denominarse un óptimo segundo mejor, porque se logra sujeto a una restricción que, por definición, excluye el logro de un óptimo Paretiano" (Lipsey y Lancaster, p. 11, traducción propia).

6 La crítica a esta idea de un *continuum* que hace posible la tendencia a un equilibrio trascendental fue realizada tempranamente por los críticos sociales del siglo XIX, incluido Marx. Tres fenómenos en particular contradicen, según estos críticos, esta hipótesis: i) la sumisión de la persona al individuo propietario, que hace colapsar la espontaneidad del sujeto, ii) las crisis económicas y los grandes desequilibrios que crea, especialmente en la distribución de la riqueza, iii) la lucha de clases, que señala la aparición de poderes económicos y sociales no previstos por los teóricos liberales, poderes muy distintos de las simples diferencias cuantitativas que más adelante los economistas neoclásicos van a expresar en términos de “poder de mercado”.

Si analizamos este teorema a partir de los resultados anteriores sobre los conceptos y las ilusiones trascendentales, podemos recapitular lo siguiente:

1. El teorema reconoce o al menos intuye que el óptimo de Pareto es un concepto trascendental no factible, aunque no lo exprese de manera consciente ni utilice esta expresión (“concepto trascendental”). Recordemos que las condiciones que deben prevalecer simultáneamente para que exista el óptimo, requiere de los mismos supuestos trascendentales incorporados en el modelo de la competencia perfecta.
2. El teorema es un intento de evitar la ilusión trascendental que ocurriría por la vía de la aproximación gradual hacia una meta infinita realizando pasos finitos: *“si una de las condiciones necesarias para lograr un óptimo de Pareto no es factible, las otras, a pesar de ser teóricamente posibles, dejan de ser deseables”*. Es imposible acercarse a una meta infinitamente lejana por pasos finitos.
3. Por tanto, el teorema procura sentar las bases para algún tipo de *realismo político* que permita no caer en la ilusión trascendental señalada en el punto anterior.
4. Si todas las condiciones del óptimo no se dan simultáneamente (lo que solo podría resultar por arte de magia), la búsqueda de la optimalidad subvierte la misma meta de su progreso, dado que: i) *si una de las condiciones del óptimo Paretiano no se puede cumplir, entonces solo se puede lograr una situación óptima apartándose de todas las demás condiciones*⁷, ii) la búsqueda de la mayor “eficiencia asignativa” es compatible con la obtención de la máxima desigualdad (Sen 2008) y, por tanto, con la destrucción de la convivencia humana.
5. El teorema sugiere (aunque no esté en su formulación) que la búsqueda ingenua del óptimo de Pareto es un claro ejemplo de una metafísica que intenta dar el salto del tiempo/espacio real al tiempo/espacio trascendental sin siquiera preguntar si este salto es posible⁸.

7 Lipsey y Lancaster ilustran este punto señalando que es posible alcanzar una curva de indiferencia más alta (una mejora en el bienestar) si, en presencia de una restricción que impide obtener el óptimo de Pareto, nos apartamos del resto de condiciones de optimalidad, aunque sean alcanzables.

8 Para poder pasar de una situación definida en el tiempo-espacio real en la que no se cumplen todas las condiciones del óptimo, a otra en la que sí se cumplen (en el tiempo-espacio trascendental) habría que demostrar, como ya ha sido señalado, que existe un continuum entre la situación del tiempo-espacio real y la del tiempo-espacio trascendental que haga posible este salto. Presuponer simplemente este continuum es una posición ideológica que también puede llevar a la parálisis política. Por ello la advertencia de Lipsey y Lancaster es relevante.

6. Sin embargo, el teorema presenta una paradoja: los mismos problemas para la obtención del óptimo pueden surgir para la obtención del segundo mejor, y para la obtención del tercer mejor, y así sucesivamente. Nuevamente aparece la ilusión trascendental de alcanzar una meta infinitamente lejana por pasos finitos. ¿Cómo podemos salir de este círculo vicioso de “mala infinitud”? Solamente una *acción política informada y participativa* puede romper este círculo vicioso.

Estamos entonces ante la siguiente disyuntiva: la teoría del óptimo paretiano, con su ilusión de perfección, pretende sustituir a la política necesaria para lograr aumentos efectivos de bienestar (aquí reducido a “utilidad”), por su atadura al misticismo de la perfección de un mecanismo de funcionamiento. Este abandono de la política es notorio por su equivalencia con el equilibrio general competitivo (primer teorema del bienestar, mano invisible).

Además, no solo los “mercados perfectos” asumen que los mercados reales son una “desviación” de los primeros. El concepto de óptimo es también una *medida de evaluación* derivada de un concepto trascendental de perfección, y lo real nuevamente se entiende como una desviación de lo perfecto, de lo óptimo.

Además, la optimización (de la eficiencia de un mecanismo de funcionamiento) como *criterio de racionalidad de la acción*, borra cualquier otro valor ético que se le oponga e ignora completamente el lugar de los derechos humanos del ser humano. La ética de los mecanismos de funcionamiento y la ética de la optimalidad de Pareto como un caso particular, es doblemente reducida a una eficiencia formal del intercambio.

VII. Optimalidad paretiana: la eficiencia transformada en ética del mercado

No hay teoría social (que se refiera a la sociedad en su conjunto) que no formule conceptos trascendentales y que no interprete las estructuras sociales a partir de ellos. En el caso de la economía neoclásica, los conceptos trascendentales cruciales son el equilibrio general competitivo y la competencia perfecta. Además, en los conceptos trascendentales de cualquier teoría social hay implícitos, necesaria e inevitablemente, un conjunto de valores sin los cuales la racionalidad de la sociedad como totalidad es impensable.

Así, por ejemplo, la ética del liberalismo es una ética de la igualdad (formal), de la libertad (contractual), de la propiedad privada (privativa) y del interés general (definido a partir del interés particular de la clase dominante).

La igualdad es *contractual* porque se establece en los términos de una reciprocidad entre *individuos propietarios* que realizan contratos voluntarios para intercambiar sus mercancías.

La libertad es *formal* porque expresa la relación entre los sujetos condicionada por leyes exteriores (la ley del valor en Marx) ajenas a la libre espontaneidad del sujeto.

La ética paretiana modifica esta concepción ética del liberalismo, pero lo hace de una manera tal que sea compatible con la ética del liberalismo. Es una *ética de la eficiencia del intercambio* y, por tanto, una *eficiencia abstracta*⁹. Su compatibilidad con la ética del liberalismo exige dos condiciones:

- i. Que la noción de eficiencia coincida con la de igualdad¹⁰,
- ii. Que la eficiencia además coincida con el interés general y su optimalidad en términos de bienestar (utilidad).

Esto es precisamente lo que formulan los dos teoremas del bienestar, que sin problema alguno se aceptan como resultados normativos compatibles con la teoría (marco categorial) del equilibrio general competitivo. En efecto, estos teoremas incluyen juicios determinados sobre la igualdad (formal) y sobre el interés general y su optimalidad.

Pero este paso hacia la eficiencia óptima y las dos condiciones recién mencionadas, solo se pueden expresar por medio de un modelo de *equilibrio trascendental* (en el tiempo/espacio trascendental), en correspondencia con el modelo de competencia perfecta, que justamente es un modelo de equilibrio trascendental, como también lo es el modelo de equilibrio general walrasiano Arrow-Debreu.

Pero falta otra condición para que el modelo tenga pretensión de ser “operativo”: se debe interpretar el mercado (una institución real) como capaz de realizar una aproximación asintótica hacia los resultados del modelo de equilibrio trascendental. Y como hemos visto, esto justamente es lo que pone en duda el teorema del *second-best*.

9 La eficiencia es abstracta, porque la optimización que propugna hace abstracción de las condiciones que hacen posible la continuidad de la vida, la del ser humano y de la naturaleza.

10 “... la igualdad, lograda voluntariamente, representará una asignación eficiente (criterio del óptimo de Pareto) de los recursos” (Hirshleifer, 556).

En resumen, en el marco de la optimalidad paretiana, la eficiencia abstracta (del intercambio) se transforma en una ética, y más precisamente, en una ética de la identidad entre esta eficiencia y la igualdad. En esto se diferencia de la ética del liberalismo.

VIII. Una nueva mirada a las limitaciones de la optimalidad paretiana

Podemos ahora presentar de manera resumida algunas otras limitaciones del criterio de optimalidad de Pareto, además de la ilusión trascendental que intrínsecamente contiene. Son básicamente cuatro:

1. Cualquier prueba del óptimo requiere de un conocimiento perfecto como presupuesto de toda evaluación: para ser objeto de la ciencia, la realidad previamente debe ser perfectamente determinada, pero no existe (ni puede existir) ninguna prueba que nos diga si algo está perfectamente determinado, a menos que seamos seres omniscientes.
2. No se trata de un óptimo en términos de *convivencia humana*, lo que sería de esperar para una ciencia social, sino en términos de la eficiencia abstracta de un mecanismo de funcionamiento. Y si bien el propio mecanismo puede exigir mejoras para las personas, solo lo hace en términos de las necesidades que impone su propio funcionamiento¹¹.
3. El criterio de Pareto es también profundamente conservador en el siguiente sentido: al insistir en la eficiencia como el valor supremo, solo contempla transformaciones sociales en términos de “desarrollo”, “innovaciones tecnológicas” y “modernización”, siempre dentro del marco estructural y el orden establecido, renunciando a cualquier alternativa al desarrollismo que apunte hacia una nueva sociedad.
4. En la optimalidad de Pareto, alguno mejora su bienestar mientras los otros al menos no empeoran. Pero esto no excluye la posibilidad de que la mejora de alguno se corresponda con (e incluso se deba a) la no mejora de los otros. No solo es un criterio limitado de optimalidad, también es un criterio incoherente.

11 Hinkelammert brinda el siguiente ejemplo: “En la segunda mitad del siglo XVIII, fueron los propios militares ingleses quienes exigieron mejores salarios para los obreros. Como eran también eventuales reclutas para el ejército, resultó que, como consecuencia de los salarios de hambre que recibían, apenas podían caminar como soldados hasta el lugar de la batalla. Para que pudieran llegar fuertes a las batallas, necesitaban mejores salarios y mejor alimentación. No era para que vivieran mejor, sino para que tuvieran la fuerza necesaria para poder combatir mejor en las batallas de los militares” (Hinkelammert 2022, 196).

IX. Eficiencia formal y eficiencia reproductiva

Un sistema de división social del trabajo solo es factible económicamente si a largo plazo logra garantizar un producto social global que, al menos, permita cubrir: i) la subsistencia física de todos los productores y los no productores, ii) la reposición física de los medios de producción desgastados, iii) la reproducción del medio ambiente natural que sirve de soporte a la reproducción de la vida humana, iv) un excedente o producto neto que además permita cubrir los costos no productivos: costos del intercambio del producto, costos de almacenamiento y costos de conservación del producto social (consumido y no consumido en un periodo dado).

La eficiencia formal no permite obtener ninguna conclusión acerca de esta factibilidad material del sistema, que en última instancia debe garantizar la reproducción material de la vida de todos y, por tanto, también de la naturaleza. Si esta factibilidad no se asume explícitamente, la eficiencia formal podría no tener ningún sentido.

Podemos decir que la eficiencia como criterio de racionalidad económica es un criterio de “segundo orden”, del cual no se deriva, *per se*, ningún criterio de factibilidad y, por ende, de racionalidad económica propiamente dicho.

Sin embargo, no se trata de disminuir la importancia del criterio de eficiencia formal, ya que la misma reproducción material de la vida humana exige respetar el criterio de eficiencia en cuanto criterio necesario: si la factibilidad material ignora completamente el criterio de la eficiencia, pueden resultar grandes ineficiencias que incluso malogren la misma factibilidad material.

Pero la eficiencia en sí misma no revela de manera directa su necesaria inserción en la reproducción material de la vida. No contiene de por sí una referencia constructiva. Si se quiere destruir el mundo “eficientemente”, así mismo haría falta respetar el criterio de la eficiencia formal hasta el momento mismo en que la destrucción haya sido consumada. Por eso, la eficiencia debe ser *eficiencia reproductiva*. Un proceso de producción es eficiente en términos reproductivos si al generar un determinado producto reproduce al mismo tiempo las fuentes de la riqueza, que en última instancia son la naturaleza y el ser humano.

Resulta entonces, para poner un empleo que resulta embarazoso para el criterio de Pareto, que la distribución de los ingresos no expresa simple-

mente un asunto de equidad o un “juicio de valor”. Si la desigualdad es tal que no permite la sobrevivencia de todos los productores, el sistema mismo de coordinación del trabajo social queda en entredicho, más aún si tomamos en cuenta la necesaria interdependencia entre todos los productores y la eco-dependencia de estos de la naturaleza. Desde esta perspectiva, la distribución de los ingresos es un juicio vida-muerte y, por tanto, un juicio de hecho que una economía que no reduzca la eficiencia a un asunto formal debe tomar en cuenta.

Como es consabido, la curva de contrato paretiana contiene muchos (infinitos) puntos de optimalidad, cada uno con diferentes distribuciones de los recursos. Si algunos, muchos o incluso una cantidad infinita de esos puntos (un segmento de la curva) no garantizan la eficiencia reproductiva, entonces es claro que el criterio de Pareto no solo es incompleto, sino también inconsistente para la racionalidad económica.

En resumidas cuentas, desde el punto de vista de la equidad, un concepto de eficiencia abstracta como el de Pareto, no resulta ser una condición necesaria para un óptimo social, excepto en el caso extremo de que la distribución de los recursos implícita sea considerada y aceptada como equitativa y justa por la sociedad.

X. Óptimo paretiano y óptimo marxiano

La imaginación y conceptualización de sociedades perfectas no es exclusiva de la teoría económica neoclásica. Distintos pensadores las formulan desde diversas visiones utópicas. En este apartado, queremos contraponer al criterio de optimalidad (eficiencia) de Pareto lo que podemos llamar el “criterio marxiano de optimalidad”, que no se basa en la optimalidad o perfección de un mecanismo de funcionamiento, sino en una convivencia humana perfecta.

Marx no desechó el uso de conceptos trascendentales, que ya eran empleados por Hegel y por el pensamiento liberal-iluminista, pero los convirtió en una herramienta crítica para juzgar las estructuras enajenadas de dominación.

El positivismo del siglo XX retoma la idea de mundos perfectos, pero se refiere a ellos en términos de mecanismos de funcionamiento, haciendo equivalentes los conceptos de optimalidad y de máxima eficiencia y, de paso, haciendo abstracción de la ética en la construcción de estos mecanismos, lo

cual sin embargo resultó paradójico, porque no es posible hablar de “el mejor de los mundos posibles” sin alguna referencia a valores.

Marx, en cambio, no buscará criterios para la perfección de un mecanismo de funcionamiento, sino para lograr una convivencia humana perfecta. El “óptimo marxiano” se puede expresar a través de tres criterios de racionalidad (principios) que, si bien constituyen valores, de ninguna manera son simples juicios de valor en el sentido de Max Weber. Estos son:

1. *El principio de la justicia del bien común*: “De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades”, una expresión de raíz bíblica que en la modernidad proviene de los socialistas franceses y que Marx la popularizó en su Crítica del Programa de Gotha de 1875¹².

Este primer principio no representa una simple justicia del intercambio (eficiencia), como en Pareto, sino una justicia de producción y consumo en convivencia humana perfecta o, resumidamente, una justicia de la plena satisfacción de las necesidades humanas. Es también un *criterio de racionalidad* basado en un juicio vida/muerte, no en un juicio de racionalidad medio-fin. Pero es claramente un concepto trascendental y, por tanto, no es una meta directamente realizable, aunque orienta una acción racional (racionalidad de la convivencia).

2. *El principio de la autorrealización humana*: “En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos” (Marx/Engels 1976, 130, enfatizado nuestro). Tenemos aquí un resumen sintético de lo que, según Hinkelammert, es un humanismo de la praxis: el libre desarrollo de todos solamente es posible, si está asegurado el libre desarrollo de cada uno. Pero también expresa: “yo me puedo desarrollar libremente si todos se pueden desarrollar libremente”.

12 De este principio Hinkelammert obtiene un importante corolario, que presenta a su vez como principio: “Principio de la justicia del salario. Este principio de justicia estipula que ningún salario es justo si el asalariado que lo recibe no puede vivir dignamente [...] Es un juicio sobre el ingreso por el trabajo. Su justicia no se mide por el cumplimiento de alguna ley, en particular la ley del mercado, sino por la capacidad del asalariado de vivir dignamente”. (Hinkelammert 2018, 88).

El “libre desarrollo de cada uno como condición del libre desarrollo de todos” es, de hecho, la *definición de libertad*, tal como la concibe Marx: somos libres si todos y cada uno son libres. Es también un *criterio de racionalidad* de la actuación humana, no un criterio de eficiencia abstracta. Además, esta definición de libertad no recusa de la responsabilidad humana por los efectos de sus actuaciones ni hace caso omiso de la solidaridad. Es una autorrealización que resulta de la emancipación de todos.

Por tanto, este principio también excluye que el desarrollo libre de algunos se base en el desarrollo impuesto, forzado o enajenado de los otros. Si es una autorrealización, esta tiene que ser libre para todos¹³. Para Marx, esto vale especialmente a propósito del “libre mercado”, ya que este reprime el desarrollo libre de una gran parte de la humanidad (y en última instancia, de *todos*), con el resultado de que la libertad de *todos* (inclusive la de aquellos que creen que se desarrollan en libertad) está afectada negativamente.

3. *El principio de la autorregulación comunista de la producción/consumo*. Esta solo será posible en una “asociación de hombres libres” en las que prevalecen relaciones humanas directas sin ningún tipo de estructura de enajenación y en las que el trabajo sea “directamente social”. Marx la formula en términos de una coordinación del trabajo social *ex ante* y espontánea.

Coordinación ex ante significa una coordinación plenamente consciente, transparente y socialmente planificada, tal como la formula en el apartado 4 del capítulo I de *El capital*: “... hombres libremente socializados, bajo su gobierno consciente y planificado” (Marx 2014, 79).

Coordinación espontánea significa que “... en la sociedad comunista ... cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca” (Marx/Engels, 1976: 32).

En esta “regulación comunista de la producción”, además, el trabajo se transforma en “libre juego” de las fuerzas físicas y espirituales del ser humano, y el acuerdo mutuo entre sujetos asegura la convivencia prescindiendo de toda institucionalidad represiva exterior.

13 Como antes vimos, este no es el caso de la optimalidad paretiana, que no excluye que la mejora de uno se base en la no mejora de otros.

Este concepto de “regulación comunista de la producción” expresa además una característica central del método dialéctico de Marx que aparece claramente en los dos primeros principios: la correspondencia o convergencia entre el análisis funcional de la sociedad y el plano de los valores. La regulación comunista de la producción maximiza el rendimiento económico al tiempo que logra la plena realización de la igualdad y la libertad humanas. La perfección institucional aparece en total asociación con los valores del orden espontáneo¹⁴.

De estos tres principios Marx deriva su *imperativo categórico*. Si el ser humano es libre de toda enajenación y dominación, entonces él mismo (y ningún dios o institución) es el ser supremo para el ser humano, de donde se impone el imperativo categórico de “*echar por tierra todas las relaciones en que el ser humano sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable*”. (Marx, citado en Fromm 2009, 230). A este imperativo categórico Marx agregará luego, gracias a sus estudios de la economía política, la obligación de desterrar también toda condición de explotación, discriminación y pauperización de la dignidad humana. Se trata del *criterio central para la acción emancipatoria, el humanismo de la praxis*.

Obviamente, estos principios para una convivencia humana perfecta son *conceptos trascendentales*. Y Marx no pretende que estos criterios estén libres de toda ética, al contrario, se conjugan con una *ética de la vida* que incluye i) un juicio sobre la libertad humana, ii) un juicio sobre la igualdad humana, iii) un juicio sobre el vínculo del ser humano con la naturaleza.

La libertad humana de Marx es contraria a la libertad contractual del liberalismo, y su concepto de *igualdad humana* también es opuesto a la igualdad formal del liberalismo. Esta consiste en expresar, en las relaciones con los otros, recíprocamente, lo que cada uno verdaderamente es y lo que cada uno espontáneamente quiere ser, sin ningún tipo de imposición por “leyes exteriores”. En este *reconocimiento mutuo*, la igualdad coincide con la libertad.

Los dos primeros principios se pueden combinar: tener todo en común no significa un colectivismo arcaico (y autoritario), sino, gozar de los bienes

14 Esta maximización del rendimiento exige una determinada relación con la eficiencia, por lo que es en absoluto desechada, aunque sí implica una renuncia al fetiche de hacer determinar el progreso humano del crecimiento tecnológico infinito. Implica, por tanto, un “dominio” de la eficiencia.

por parte de los unos, sin condenar a morir a los otros y sin excluirlos del goce de tales bienes. Como imagen límite de la convivencia humana aparece una situación en la cual la pura espontaneidad humana frente a sí, frente a los otros y frente a la naturaleza, ya no puede entrar en contradicción con la vida ni con el goce de ella de ningún otro.

La satisfacción de la necesidad, el goce y la plenitud de unos no debe excluir ni condenar a muerte a los otros. Ciertamente es un concepto trascendental (una “imagen límite”), pero es una trascendentalidad “en el interior de la vida real y material de los hombres”, que se opone a la dominación y al acaparamiento de la riqueza.

Se ha dicho (Sen 2008, 53), que el criterio de optimalidad de Pareto es un “piso” indiscutible (pero incompleto) para la consecución del máximo bienestar social, una condición necesaria pero no suficiente. Pero en el caso de Marx, este piso no es necesario ni suficiente para humanizar la sociedad. Para la convivencia humana este “piso” lo podemos establecer en los términos que utilizó Jean Paul Sartre: Un mundo humanizado sería “... un mundo en el que la imposibilidad de la vida humana sería el único imposible” (citado en Hinkelammert 1970, 242).

Esto se relaciona con una sociedad que da *suficiente* para todos, aunque no cumpla necesariamente con la convivencia humana perfecta¹⁵.

XI. A manera de conclusión. Optimalidad paretiana y optimalidad marxiana: dos visiones contrapuestas sobre la imaginación de mundos perfectos

En el siguiente recuadro resumimos los principales puntos contrapuestos que se han dilucidado entre las visiones paretiana y marxiana de optimalidad (imaginación de mundos perfectos). En el caso de Marx, aunque no utiliza el término “optimalidad”, su concepto trascendental de una convivencia humana perfecta es claramente una visión contrapuesta a la optimalidad paretiana.

15 No abordamos en este artículo el problema de cómo replantear el proyecto histórico de la liberación humana (que tiene como horizonte la convivencia humana perfecta) ante la no factibilidad trascendental del orden espontáneo o de cualquier otro “óptimo” en el tiempo-espacio trascendental.

Optimalidad paretiana y optimalidad marxiana: puntos contrapuestos

Puntos de comparación	Optimalidad paretiana	Optimalidad marxiana
Sobre la imaginación de una sociedad perfecta	Perfección de un mecanismo de funcionamiento (el sistema de precios, el mercado): la competencia perfecta	Perfección de la convivencia humana: regulación comunista de la producción (coordinación <i>ex ante</i> y espontánea de la coordinación del trabajo social)
Significado de la optimalidad	Un estado social en el que no se puede aumentar la utilidad de uno sin reducir la utilidad de otro.	Una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno sea condición para el libre desarrollo de todos.
Eficiencia	Prevalece una eficiencia del intercambio (intercambio de bienes, intercambio de factores productivos)	La eficiencia formal debe estar supeditada a una eficiencia reproductiva de la vida
Libertad	Libertad contractual: libre contratación entre poseedores de mercancías jurídicamente iguales	Libertad humana: que cada uno sea lo que verdaderamente es y lo que espontáneamente desea ser
Igualdad	Igualdad formal: igualdad entre poseedores de mercancías que intercambian valores equivalentes	Igualdad humana: reconocimiento mutuo y recíproco entre sujetos libres
Justicia distributiva	No se considera la justicia en la distribución de los recursos (juicios de valores)	Principio comunista de distribución: de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades
Sobre la individualidad	Individuos atomísticos, independientes y autónomos	sujetos sociales, interdependientes, ecodependientes, conscientes y responsables de sus actos.
Interacción y relacionamiento entre los individuos/sujetos	Un mundo de mercados completos y sin externalidades, sin interdependencias externas al mercado	Un mundo de relaciones humanas directas, sin estructuras enajenantes y de dominación.
Racionalidad	Racionalidad instrumental medio-fin	Los juicios de racionalidad instrumental deben estar supeditados a los juicios de racionalidad vida-muerte
Juicios de valor	Supuestamente no son parte de la teoría “pura”, pero todo el análisis presupone una ética funcional del mercado con sus respectivos valores	Los juicios de valor pueden dar lugar a (constituir) juicios vida-muerte (juicios de hecho). Convergencia entre el análisis funcional y el análisis en términos de valores
Ética y eficiencia	La eficiencia se transforma en una ética que guía el comportamiento racional y egoísta de los actores	Prevalece una Ética de la vida: una ética para que la sociedad pueda vivir, en la perspectiva de una convivencia humana perfecta
Reconocimiento de la no factibilidad trascendental	Ausente: prevalece la tesis del automatismo del mercado y de un <i>continuum</i> entre lo real y lo perfecto (trascendental)	Presencia ambigua: prevalece la tesis de la posibilidad de una estructura socialista no enajenada que sirva de tránsito hacia la convivencia humana perfecta

En resumen, el contraste entre ambas visiones pone al descubierto conceptualizaciones contrapuestas sobre la imaginación de mundos perfectos. En la visión paretiana la perfección alude a la eficiencia de un mecanismo de funcionamiento, mientras que en la visión marxiana la perfección se refiere a las relaciones humanas libres de toda estructura enajenante para una convivencia perfecta.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahijado, M. (1985); *Economía de mercado y equilibrio general*. Pirámide, Madrid.
- Fromm, E. (2009); *Marx y su concepto del hombre. Incluye "Manuscritos económico-filosóficos"* de Karl Marx. Fondo de Cultura Económica, México.
- Hinkelammert, F. (1970); *Ideologías del Desarrollo y Dialéctica de la Historia*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Hinkelammert, F. (2018); *El humanismo de la praxis. El ser humano como ser supremo para el ser humano*. Manuscrito, San José, Costa Rica.
- Hinkelammert, F. (2022); *Cuando Dios se hace hombre el ser humano hace la modernidad. Crítica de la razón mítica en la historia occidental*. Segunda edición ampliada y revisada. Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.
- Hirshleifer, J. (1988); *Microeconomía. Teoría y Aplicaciones*, Prentice Hall, México.
- Lipsey, R.G. y Lancaster, K. (1956); *The General Theory of Second Best*. The Review of Economic Studies, Vol. 24, No. 1 (1956-1957), pp. 11-32.
- Marx, K. (2014); *El capital. Crítica de la economía política. Tomo I, Libro I. El proceso de producción del capital*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- Marx, C. y Engels, F. (1976); *Obras Escogidas, Tomo I*. Editorial progreso, Moscú.
- Mintzer, A. (2020); *Rethinking Pareto Efficiency*. Berkeley Economic Review. Posted On December 3, 2020
- Mora, H. (2023); *La crítica de Franz Hinkelammert al uso (y abuso) de conceptos trascendentales en la teoría económica. Competencia perfecta, optimalidad de Pareto y soberanía del consumidor*. Universidad Nacional, Costa Rica, Escuela de Economía.
- Runes, D. (1981); *Diccionario de Filosofía*. Editorial Grijalbo, México.
- Sen, A. (2008); *Valoraciones económicas y filosofía moral*, en Sen (2008) *Sobre Ética y Economía*, Alianza Editorial, Madrid.

ACERCA DEL AUTOR

Dr. Henry Mora Jiménez. Economista posdoctorado en Bienes Públicos por la Universidad de Tilburg (Países Bajos), Doctorado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Latinoamericana de Ciencia y Tecnología (Costa Rica), Profesor e Investigador en la Escuela de Economía de la Universidad Nacional (Costa Rica), coautor junto con Franz Hinkelammert de *Hacia una economía para la vida*, obra con cinco ediciones entre 2005 y 2016. Líneas de investigación: economía para la vida y teoría crítica del mercado